

Al Capítulo General de la OCSO,
reunido en la Domus Pacis, Asís

2 de septiembre de 2022

Reverendas madres y reverendos padres en el Señor,

En los últimos dos años la biografía del obispo ortodoxo Meletios Kalamaras se ha vuelto una referencia frecuente para mí (Stephen Lloyd-Moffett's, *Beauty for Ashes* [Belleza donde hubo ceniza], 2010). Él nació en 1933 e ingresó a un monasterio a los veintiún años. Allí vivió una vida de austeridad. En 1968 fue nombrado secretario del Santo Sínodo de la Iglesia Ortodoxa Griega y se mudó a Atenas. Algunos jóvenes en búsqueda de una renovación de la Iglesia y de una vida monástica radical se reunieron en torno a él. Surgió así una comunidad. En 1979, el Padre Meletios viajó con un grupo de doce personas al Monte Athos con la intención de establecerse allí. Sin embargo, el plan naufragó: Meletios fue elegido obispo de Préveza, cerca de Nicópolis. Él asumió la carga episcopal sin renunciar a su condición de monje. Cuando llegó a la diócesis esta se encontraba sumida en el escándalo. Con el tiempo se operó una transformación, tal como lo sugiere el título de la biografía. Esta situación nos llega al corazón. ¿Quién de nosotros no ha vivido la experiencia de ver reducido al polvo un proyecto muy querido, con la esperanza de que, de alguna manera, nueva belleza pudiera resurgir de esas cenizas como un ave Fénix? ¿Cómo procedió Meletios? Responder esta pregunta acabadamente llevaría mucho tiempo. Me limitaré a destacar una idea clave que fundamenta todo el resto. La Iglesia es un misterio divino que debe ser entendido como tal, insistía Meletios. Cuando lo humano prevalece sobre lo divino, la Iglesia no florece. «El antropocentrismo, escribió él en 2001, mata la Iglesia y su vida».

Estas son palabras duras, pero necesitamos oírlas ya que vivimos en un mundo centrado en sí mismo. Con esto no quiero decir que la maldad y el egoísmo de nuestra época sean mayores que antes; solamente que ésta se ha distanciado tanto de toda noción de trascendencia que la única referencia disponible en cuestiones existenciales es la subjetividad.

Esta no es sólo una tendencia de la sociedad secular. La encontramos también presente en la Iglesia. En la mayoría de los casos surge de buenas intenciones. No hace mucho vi una nueva traducción del salterio litúrgico. El pronombre personal masculino en tercera persona singular (él) había sido eliminado casi por completo y reemplazado por formas lingüísticas inclusivas o cambiado por la segunda persona (tú), como si el texto estuviera dirigido a quien lo recita. Vosotros podríais pensar: ¿no es admirable poder superar el sesgo de género y permitir a todos, mujeres y hombres, reconocerse a sí mismos en el texto sagrado? La respuesta es sí, si estuviéramos buscándonos a nosotros mismos allí. Esa no fue la experiencia de nuestras madres y padres en la fe. Lo que buscaban en el salterio no era su propio reflejo sino la imagen de Cristo, nuestro Señor. Modificaciones como la que menciono aquí esfuman esta imagen hasta convertirla en un pálido palimpsesto sobre el que imponemos nuestra propia imagen.

Este ejemplo es sintomático de influencias destacables que han entrado incluso en la vida de la Orden. Las últimas cinco o seis décadas han sido marcadas por adaptaciones audaces.

Con el viento de popa de *Gaudium et spes* en sus velámenes, la Orden navegó resueltamente hacia la época postconciliar. Los esfuerzos de adaptación fueron inmensos. Mucho de lo que se llevó a cabo fue excelente. Algunos tesoros terminaron arrojados por la borda. El tráfico en el mar de aquellos días era tan intenso que existía el peligro de ser arrastrado por una inercia grupal, a veces con poca atención a la Estrella de la Mañana, que señala el rumbo y el destino de la travesía.

La inculturación representaba otra forma diferente de adaptación. Nos la imaginamos como referida a algo exótico: el esfuerzo de misioneros en tierras remotas para aprender las lenguas y costumbres de aquellos lugares. Este es ciertamente uno de sus aspectos y, ejercitado con decisión, puede dar frutos abundantes. Sin embargo, me pregunto si hemos sido suficientemente conscientes de una forma insidiosa de inculturación que consiste en rendirse a la mentalidad de un mundo para el cual el término «Dios» ha dejado de tener significado. Escribiendo en 1999, la Madre Cristiana Piccardo nos ofrece un criterio seguro de discernimiento:

La forma más grande de inculturación es, sin duda, la fidelidad al propio carisma monástico, unida a la escucha atenta a la Iglesia local. Inculturación significa atención a las riquezas de la cultura y la vida del lugar, pero aún más todavía es la introducción de la *novedad* cristiana como levadura viva y amante en la cultura local.

Entre los instrumentos de las buenas obras, san Benito nos ofrece el siguiente: *Sæculi actibus se facere alienum*, «Sea vuestra conducta diferente al proceder del mundo». ¿Es así?

Mi propia vida monástica ha sido también condicionada por otra adaptación más. Sin solución de continuidad aparente, el discurso sobre la renovación de la Orden se convirtió en un discurso sobre la precariedad, del mismo modo en que un pasaje musical es modulado a una nueva tonalidad. Por un tiempo, la palabra «precariedad» fue el mantra de nuestra adaptación. Mi impresión es que muchos la recibieron como una palabra liberadora. Ella legitimaba la admisión de la preocupación y el cansancio después de un largo período en el que nos asegurábamos unos a otros que todo estaba mejorando constantemente. Sin embargo, la «precariedad» no indica una dirección a seguir; más bien describe un alto en el camino. Existe el riesgo de que en vez de continuar avanzando nos instalemos en la precariedad, guardemos el mapa en un cajón, mientras vamos transformando nuestros noviciados en enfermerías.

Esta actitud nos conduce fácilmente hacia un cuarto tipo de adaptación. La llamaría la adaptación al encantamiento del sueño. Una vez, durante una visitación, le pregunté a un monje anciano si no le preocupaba que pasaran los años sin que un solo novicio perseverara. Él me miró sorprendido, como si mi pregunta fuera obviamente tonta, y me respondió: «¡Para nada! Ahora todo se ha vuelto tranquilo y agradable aquí y me puedo dedicar a mi vida espiritual». En otros lugares, cuyo cierre futuro no podía ser descartado, escuché decir frecuentemente: «Qué se le va a hacer, mientras yo pueda aún morir aquí». Al inicio, esta declaración me conmovió. «Se trata de una expresión del amor cisterciense al terruño», pensé. Pero gradualmente comencé a verla bajo una óptica distinta. La generalización de una mentalidad como esta, cierra al monasterio sobre sí mismo. Así, se convierte casi en un monumento triunfante de una extinción anunciada, un temprano mausoleo, en apariencia testigo de una gloria pasada, pero que no es sino la petrificación de la resignación presente.

A menudo se asume que lo que enfrenta la Iglesia al mundo contemporáneo es su enseñanza en temas de moral. Muchos demandan cambios en el magisterio. Dejando de lado la cuestión de cual deba ser la respuesta eclesial a desafíos éticos específicos, tal vez nuevos -una tarea que cada época debe afrontar-, me parece que esta afirmación es errónea. No creo que el *skandalon* principal sea moral. Creo que es metafísico: ¡La santidad de Dios! ¡El esplendor de su gloria, manifestado en Cristo, por la infinita condescendencia de su gracia! Estas realidades fundamentales, que eran totalmente evidentes para los fundadores del Císter, se han vuelto incomprensibles para una época cuya perspectiva es completamente horizontal. Somos hijos de este tiempo. Es algo de lo que debemos ser conscientes y recordar siempre.

Pensemos en nuestros fundadores por un momento. ¿Cuáles eran sus preocupaciones? Al considerar la Regla de san Benito, sabían que tenían frente a ellos un estándar sublime, exigente y maravilloso que los regía. Ellos veían la Regla como un don divino por el cual se elevarían por encima de sí mismos, para comenzar a alcanzar la estatura de Cristo y ofrecer a Dios una oblación agradable. No se dejaron llevar por la exuberancia juvenil que cree que ya lo sabe todo. Esteban Harding había casi alcanzado la cuarentena: era un hombre con una rica experiencia. Él sabía bien lo que significaba perder el celo y encontrarlo nuevamente. Roberto tenía setenta y un años, una edad formidable en la Europa del siglo XI. Había sido superior de tres comunidades. Él y sus seguidores estaban animados por el ardiente deseo de llegar más alto, de dar cada vez más, conscientes de la obligación solemnemente asumida y de la dulce promesa de Dios, que se recibe en proporción a nuestra generosidad.

Observemos el contraste, ¿quién, en nuestros días, desea aceptar una norma absoluta y vinculante? Aquello que Benedicto XVI llamó la «dictadura del relativismo» ha conseguido reconfigurar nuestra mentalidad, a la manera de los regímenes dictatoriales. No nos conformamos ya a ningún estándar, sino que conformamos los estándares a nosotros mismos. En vez de elevarnos a través de un arduo esfuerzo hasta normas que nos trascienden, hemos bajado el nivel de esas normas para hacerlas a nuestra medida. Adoptamos un lenguaje complaciente para describir este proceso. Decimos que estamos siendo «sensatos» y «maduros» al ejercitar la «libertad» y la «responsabilidad» para hacer la vida más «humana». Ciertamente, estas nociones tienen aspectos muy válidos. Sin embargo, el resultado final corre el riesgo de ser una pérdida de aspiración, y con ello de atracción. En vez de movernos dentro de la vida monástica como una realidad que conlleva la promesa de elevarnos y transfigurarnos, tendemos en cambio a plantar nuestras carpas en la llanura para desarrollar allí un modo de vida confortable, en el que la comodidad compensa largamente el estrechamiento de miras y la reducción de altura.

No es mi intención realizar un discurso moralizante. Tengo compasión por las comunidades y personas que sufren cansancio y se sienten desanimadas. ¡Yo sé bien lo que significa estar cansado y desanimado! Es precisamente el cansancio y el desánimo lo que ha fortalecido esta convicción: sólo seremos revitalizados si abrazamos la absoluta centralidad de un eje teocéntrico que sea verticalmente exigente. Tenemos que alejar nuestra mirada de nosotros mismos para evitar la tentación de pensar que un monasterio existe para el beneficio de su comunidad. Un monasterio no es un fin en sí mismo. Está llamado a ser un signo de la belleza y la verdad trascendentes de Dios en el amor. «Mira hacia arriba, no hacia abajo» es el más breve de los Dichos de los Padres del Desierto. Es una palabra oportuna para nuestro tiempo.

A la luz de esta palabra también podemos comprender experiencias de disminución. Un monasterio es el cobijo material de un grupo de mujeres o de hombres llamados a dar testimonio del Reino de Dios en un determinado lugar, en un determinado tiempo y con un determinado propósito. Una comunidad es una realidad orgánica y viviente. Está en la naturaleza de las formas orgánicas de vida nacer, crecer, florecer, dar fruto y morir. San Benito nos urge a «tener la muerte presente a los ojos cada día». Este recordatorio se extiende a nuestra vida, tanto individual cuanto colectiva. Un vistazo al *Atlas de la Orden Cisterciense* es suficiente para darse cuenta del gran número de sitios en los cuales la vida floreció por una estación y luego cesó. Nuestra noción de los monasterios como lugares destinados a perdurar para siempre es una idea romántica. Nuestra patria es el cielo. Tenemos que ser libres de nuestros apegos afectivos, aún cuando representen valores espirituales. «¿De qué le sirve a una monja estar desapegada del mundo si no se ha desapegado de su propio desapego?», se pregunta la primera priora en la obra *Diálogo de carmelitas* de Bernanos. Lo que importa es la vida divina que nos ha sido confiada, el fuego en nuestros corazones que ha de ser pasado a otros, en el lugar, viejo o nuevo, en el que Dios quiera ahora que brille con su cálida luz.

Nuestra Orden nació de una destrucción cataclísmica durante una experiencia de exilio. Dios hizo crecer frutos nuevos en medio de la desolación. ¿Cómo? En enero pasado tuve la alegría de visitar Gethsemani. Todos los días me detenía en el claustro frente a la cruz de los fundadores. Los primeros monjes la trajeron consigo desde Melleray. Lleva esta inscripción: *Vive Jésus, vive sa croix !* Es decir, «¡Que Jesús viva en nosotros, a través de nosotros, en este lugar; que su cruz se revele aquí como fuente de vida!». Este era el único equipaje que los fundadores necesitaban para iniciar la vida monástica en lo que entonces todavía era un «nuevo mundo».

Hace poco leí una carta que Dom Henri Le Saux, un monje establecido en un mundo antiguo pero nuevo para él (Arunachala, India), le escribió a su hermana Thérèse en 1955. Él se encontraba inmerso en una cultura que no tenía casi ninguna referencia cristiana. Le Saux deseaba conocer a los portadores de esa cultura; sin embargo, él comprendió que su principal tarea se desarrollaría en un nivel que iba más allá de ese diálogo. Él escribió: «Aquí hay una gran necesidad de monjes santos para hacerles comprender la santidad del cristianismo», y agregaba «si rezas mucho tal vez el Señor me conceda la gracia de ser uno de ellos, ya que lo único que [me] hace falta y lo único que me piden los hindúes sinceros es la santidad».

Como monje, y ahora como obispo, estoy seguro de que nosotros tenemos la misma exigencia. Este es el mensaje que deseo transmitir. El Señor ha querido que nuestras vidas se desplieguen en un mundo atravesado por la incertidumbre y la duda. Tenemos como misión hacer de nuestra vocación un *sursum corda* encarnado. ¡Que Jesús viva en nosotros para proclamar el poder vivificante de su cruz! Que el ejemplo de nuestros Padres nos inspire un amor profundo por la observancia de la Santa Regla para que nosotros, como ellos, tengamos «un deseo ardiente de transmitir a los sucesores el tesoro de virtudes que, por gracia divina, fue encontrado para la salvación de muchos» (*Exordium Parvum* 1, 16). Acompañé las deliberaciones del Capítulo con mis oraciones. Recibid con ellas la expresión de mi profunda estima y fraterno afecto.

+ fr. Erik Varden OCSO
Obispo de Trondheim